

En el colegio le decían la china; en la casa ayudaba a sus padres en la tintorería. No era linda para los ojos occidentales ni para los orientales, no era linda.

Oscarcito tampoco era lindo. En su casa le decían Oscarcito, en el colegio le decían la chancha, choclo, gil o de cualquier manera menos, obviamente, Oscarcito.

El lunes había una fiesta en la casa de Ramiro y Oscarcito se moría de ganas de ir con una chica para no estar tan sólo. Así fue como empezó a peregrinar por todos lados para encontrar una damita que lo acompañara. Cada uno de sus valientes esfuerzos fue generosamente recompensado con un cálido «Rajá de acá». La última esperanza para el gordito era la china. Y sorpresa, cuando todos pensaban que el Roberto Galán del aire había logrado unir una nueva pareja, la china dijo que no, o casi. Puso una condición ridícula, imposible de salvar.

—Voy con vos al baile si el sábado a la noche me traés una rosa roja.

Todo el mundo sabe que los sábados a la noche no hay rosas rojas, todas las noches de la semana podemos encontrar una, pero el sólo intentarlo la del sábado es una tarea idiota.

Oscarcito, solo en la gris penumbra de su pieza, lloraba y lloraba su soledad de semáforo descompuesto. Nada podía conformarlo, nada había que pudiese salvarlo del abismo al que se veía arrojado por el destino cruel de ser feo en una sociedad donde todo es tan lindo, donde sólo vale lo bello, lo hermoso.

De repente, una idea, una magnífica idea.

Corrió a la cocina, agarró la licuadora y en ella metió al gato de la esposa del padre; prendió la licuadora y en un minuto obtuvo un vaso enorme de jugo de gato caliente que quema los dientes. En el vaso puso una rosa blanca y la dejó reposar hasta el sábado.

La noche en que no hay rosas rojas en Lanús, entre trajes y gamulanes recién lavados y planchados, Oscarcito obtuvo el sí de la china, que desde ese entonces fue la china de la chancha, es decir, su novia.

El domingo a la noche, envuelto en ansias de codorniz, Oscarcito vio a la esposa de su padre en el programa de Gerardo Sofovich ofreciendo una enorme recompensa por la devolución de su caro gatito. Oscarcito la vio y con una sonrisa dijo: «Nada es perfecto».*

Basado en el tema *Frutilla*, de Torero Camarón, que a su vez está basado en *El ruiseñor y la rosa*, de Oscar Wilde.